

La feria del libro

Enrique Tierno Galván

[1918-1986]

Se ha inaugurado estos días la Feria del Libro de Madrid. La primera e importante novedad que descuella este año es su denominación Feria de Madrid y no nacional. Me gustaría explicar el alcance y sentido de este cambio.

Es nuestro deseo que las ciudades se definan en relación con la cultura. Madrid hace su Feria del Libro en cuanto que muchos son los madrileños que presentan libros y tanto el Ayuntamiento como otras instituciones locales, públicas o privadas, ofrecen publicaciones y se esfuerzan en su difusión masiva. No va esto contra una cultura nacional, que es imprescindible y fundamental; significa, simplemente, que las ciudades asumen dentro de su ámbito y definición esa cultura general a la que todos pertenecemos, española, europea o mundial.

La feria se monta este año con mayor hondura, se extiende más ampliamente a través de la ciudad. Aunque Madrid es una ciudad, como todas las grandes, de ruidos, llena de automóviles, de agresiones que no propician al libro, para cuya lectura se necesita el rincón tranquilo, el aposento reposado, sin embargo, hemos de lograr que esa ciudad refractaria, en cierto modo carente de porosidad para el libro, se abra, se esponje. Que el libro penetre. Que en las plazas se halle el puesto con los libros para que el ciudadano, haciendo un esfuerzo, con la gran capacidad de adaptación de que el hombre dispone, sepa vivir en el ruido sin oír el ruido y adquirir los conocimientos necesarios para poder leer y reflexionar.

Queremos que el libro penetre en la ciudad por lo que pudiéramos llamar razones culturales morales. La cultura tiene una dimensión estética, de carácter histórico, y otra de carácter moral, que los Ayuntamientos no pueden olvidar. En este caso, la dimensión moral se apoya fundamentalmente en que

las clases de menor poder adquisitivo puedan aproximarse al libro, verlo cerca, y encontrar en un descuento ocasional, una oportunidad o al menos un estímulo para adquirirlo.

Y esto es importante y, por consiguiente, nos interesa. Porque podíamos repetir con Cervantes, que a su vez lo recogió de los clásicos antiguos, que «no hay libro malo que no contenga algo bueno». Es difícil hallar un libro que sea malo. La gran novedad de la Feria es, pues, este sentido moral de acercar la lectura a las gentes que, por lo común, no tienen ni tiempo ni ocasión, ni entrenamiento para acercarse a las tiendas específicamente dedicadas a la venta de libros.

Y finalmente, tenemos que advertir algo que, incluso por referencia a años anteriores, va siendo nuevo aunque debiera ser viejo. Es el comportamiento de los visitantes de la Feria. Se comportan mejor, con más educación. Es casi impropio y descortés decirlo, pero, no obstante, hay que utilizar de la franqueza, de la sinceridad y anotarlo, porque puede servir de lección para todos. La Feria está más limpia. La pulcritud es otra novedad, sin duda. Hay muchos viandantes que se abstienen de arrojar papeles, incluso de fumar para no manchar el paseo con los restos de cigarro cuando no encuentran en otro caso dónde echarlo.

Estas ferias se insertan, no lo olvidemos, en un esfuerzo gigantesco que estamos haciendo por fomentar la cultura. El lector curioso verá en otra página de este periódico la relación de las bibliotecas municipales que hay en Madrid. Con la difusión del libro nos esforzamos en que la cultura no sea solo folclórica y espontánea, sino cultura crítica, reflexiva y hasta en cierta manera, cultura académica. La cultura es un todo y se complementa. Por eso, muy poco haríamos con una cultura exclusivamente popular, y muy poco, también, con una cultura exclusivamente académica. Una y otra son parte de ese conjunto total en el que la cultura tiene sentido: el progreso.

Villa de Madrid, n°9, 1982.